RECONQUISTA DE TORTOSA

TORTOSA, promediando el siglo XII, es un enclave islámico que hiere el flanco sur de la Marca Hispánica. Pero ya el hálito de esperanza que, cual mancha de aceite sobre paño fino, se ensancha por los ámbitos peninsulares a medida de los triunfos de las armas cristianas, acaricia los corazones de los tortosinos, que presienten dichosamente su liberación. Las discusiones y banderías que de continuo se registran en el mosaico de reinos moros a que ha declinado lo que antaño fuera brillante Califato de Córdoba, del que Tortosa llegó a ser uno de sus pivotes defensivos, parecen indicar que el dominio sarraceno que se iniciara en el Guadalete ha entrado en su fase menguante.

El panorama político ibérico, en aquellos tiempos turbulentos, sufría frecuentes transformaciones, unas veces por ley de las armas y otras por entronques entre linajes reinantes; y una de las más importantes de la época produjose por ventura cuando el muy alto y poderoso señor Don Ramón Berenguer IV, Conde de Barcelona, unióse en esponsales de futuro con la tierna infanta Doña Petronila, hija de Ramiro II de Aragón, en 1137, con cuyo feliz acaecimiento consagróse la unidad política entre Cataluña y el reino aragonés, bajo la gobernación del buen Conde, uno de los soberanos más gloriosos de la dinastía catalana, que por sus grandes virtudes alcanzó la gracia del amor de sus súbditos.

Peregrinos llegados de Levante a la austera corte catalana lograron, en los relatos de su bohemia, despertar el afán de conquista de Ramón Berenguer, que desvela su fantasía atisbando anchos horizontes por donde encauzar su contribución al grandioso proceso histórico de la Reconquista. Hablaban de una comarca que los romanos llamaron Dertosa, cantada por los bardos y poetas más inspirados, cual si el mundo geórgico y bucólico de Virgilio hubiera tenido su origen en aquellos parajes de égloga. Huertas cual vergeles; ubérrimos olivares reverberando al sol la plata de sus ramajes; frondosos bosques que tostonean el suelo de tierna hierbecilla con la frescura de su sombraje; viñedos cuyos mostos alegran mesas reales; altas montañas cuyas cimas parecen desafiar al vértigo, y, fecundando la maravilla de su valle, el gran río ibérico, verdemente amurallado por álamos, chopos y cañaverales. Y ansioso por emplearse de lleno en el golpear del martillo cristiano en el yunque agarero —bravamente iniciado por Don Pelayo en los riscos astures al alumbrar la Reconquista—, el apoderarse de Tortosa adquiere en la mente del Conde categoría de obsesión, hasta devenir en empresa la más alta de cuantas hasta entonces ciñeran lauros en la noble frente del IV de los Condes Berenguer.

Así, pues, llegado —como dice un monje relator de los sucesos de la época— «el tiempo en que los reyes suelen salir a la guerra; el tiempo sereno, templado y alegre de la primavera, en el que el ruiseñor remudea sus canciones y la hierba prodiga su frescor para caballos y bueyes», el Conde sólo vive para los aprestos bélicos que tal campaña requiere. Víbran en las ciudades las voces metálicas de los clarines convocando a hueste, y los sones profundos del cuerno despiertan los ecos dormidos de valles y montañas llamando a la guerra contra el infiel, a cuyo mágico conjuro acuden todos a porfía, desde los señores de más alta alcurnia, que sueñan con nuevos blasones para sus escudos y más honores que añadir a sus nombres ilustres, hasta los más humildes varones del pueblo llano, que en tales empresas sólo les guía su fe y su patriotismo, pues que de ellas suelen sacar más honra que provecho. Y en el alto empeño de la Reconquista patria, los señores cambian sus vestidos de rico brocado por la pesada armadura, las emociones de la caza y los placeres palaciegos por el guerrear sin descanso, y los vasallos de la ciudad y de la gleba truecan los instrumentos de trabajo por el asta y la rodela.

Harto se le alcanza a Berenguer, que fuera en mengua de su fama el fracasar en tan ambicioso objetivo; pero la joya oculta entre las moles roqueñas de Monte Caro y Coll del Alba, Cardó y Montsiá, bien vale y justifica el riesgo de la aventura. Tortosa, convertida en un importante centro de las letras y las ciencias musulmanas, da al mundo islámico sabios cuya fama ha de perdurar a través de los siglos. Sus embarcaciones surcan el Ebro y salen al mar, sosteniendo un comercio activo, en el que se ferian mercaderías de todas clases. Traficantes de todas las razas despliegan ante la mirada deslumbrada de los compradores toda la gama de sus géneros. La industria se desarrolla próspera. Su agricultura, asimilando métodos de riego introducidos por sus dominadores, produce sabrosos frutos, haciendo de la vega tortosina la más fértil y hermosa.

Puesta a partir la expedición, a la que el Papa Eugenio III concede el privilegio de Cruzada, el Conde mira al cielo implorando la protección divina, que espera le guíe en este trance histórico. Y a lo alto encomienda el buen fin de su noble empresa; porque todas las cosas nobles van a lo alto: el vuelo de los pájaros, los suspiros, las oraciones, el tañido de las campanas, la mirada del «rátir» en trance de agonía... Porque «arriba —dicen las Sagradas Escrituras— está Dios».

§ II. En la torre vigía de las fortificaciones de Tortosa, al centinela moro el asombro le entra por los ojos y lo vierte en exclamación: «¡Los cristianos!». Desde las murallas y el castillo de la Zuda, la morisma, atónita, contempla un espectáculo que sobrecoge su ánimo. Remontando el Ebro, meciéndose blandamente en sus aguas, que rizan en leves ondas las auras mediterráneas, se ven airosas naves catalanas y genovesas, cubiertas de velamen y de gloria alcanzada en la campaña de Almería. A lo lejos divísase una formidable hueste cristiana que, pasando firme en el «paso honroso» de la Cruzada, se acerca a la ciudad cautiva. Suenan clarines y atabales; brillan al sol escudos y armaduras; la caballería ostenta vistosos gallardetes en sus lanzas; enmarcan la espalda de los peones la ballesta y la aljaba, espadón al cinto o pica en mano; y como símbolo de suprema jerarquía militar de la expedición, setenca el perdón condal de las cuatro barras, que parece retar a singular «Juicio de Dios» a la bandera de la Media Luna y al estandarte verde de Mahoma.

En este ejército, la diversidad en el atuendo y la Babel de gritos de desafío a la morisma proclaman lo heterogéneo de su composición. Poderosos señores de la más brillante prosapia —Guillermo Ramón de Moncada, Guillermo de Montpellier, Berenguer de Pollach, Roger Despuig, Pedro de Sentmenat, Berenguer Pitol y otros tributarios—, jinetes sobre fogosos trotones cubiertos de ricas gualdrapas, marchan con gallarda apostura al frente de sus mesnadas. Vense las cruces enarmadas de los Caballeros del Temple, celosos custodios de los caminos que conducen a Tierra Santa. Cabalgan airosos los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén. Adviértense también guerreros que envían a Ramón Berenguer sus tributarios de allende los Pirineos. La península itálica está representada en la expedición por soldados y marineros de Génova y Pisa. Forman el grueso del ejército aguerridas huestes catalanas, entre las que se ven grupos de almogávares, aquellos terribles guerreros que, huyendo de la invasión sarracena, buscaron cobijo y libertad en lo más abrupto de las montañas, de las que solo descendían para, al grito de «Despierta, ferro!», correr y talar tierras de moros, ya que en sus «almogaverías» no dejaban vivienda sin daño ni campo sin hollar.

El espíritu inquieto y romántico de la época ha prendido con fuerza en el corazón de aquellos cruzados de la Reconquista, que apréstanse a expugnar el baluarte islámico de Tortosa. Ante las murallas que la circundan móntase todo el aparato de batir y se formaliza el sitio de la plaza. Es el primer día de julio del año de gracia de 1148.

§ III. Tortosa había visto otras expediciones encaminadas a liberarla del poder de la Media Luna. El gran Carlomagno y después su hijo Ludovico Pío vinieron de las Galias y porfiaron para ello, pero en vano. Sancho Ramírez, Ramón Berenguer III y Alfonso el Batallador no tuvieron mayor fortuna en sus intentos, porque siempre oportunamente los musulmanes recibían refuerzos. El Cid Campeador, aquel gran señor errabundo, verdadero rey sin corona, que derrotaba y sometía a tributo a los taifas moros, corrió en algara sus tierras, aunque no intentó asediar la plaza. Pero esta vez, conquistada Almería, punto de desembarco de toda clase de refuerzos africanos para socorrer las plazas musulmanas en peligro, la sinrazón de su cautiverio iba a tener glorioso epílogo.

El Conde planta sus reales y distribuye su ejército en tres cuerpos. El primero, a sus inmediatas órdenes e integrado por tropas de los tributarios de la Marca, se sitúa en lo que hoy son los Ensanches. El segundo, mandado por Guillermo Ramón de Moncada, lo forman las milicias de Barcelona y otras tropas catalanas y aragonesas, y toman posiciones en lo alto y vertientes del Coll del Alba y hasta la ciudad, vigilando la llegada de posibles expediciones en socorro de los sitiados. El tercero, a cargo de Guillermo de Montpeller, lo componen fuerzas del Mediodía galico, y se establece en la margen derecha del Ebro, cara a cualquier peligro provinente de Valencia. Tropas volantes, al mando de Bernardo de Bell-lloch, recorren y vigilan los prados que se extienden en el delta izquierdo del Ebro.

Sitiadores y sitiados luchan con valor. El bastión de la Zuda es mudo testigo del heroísmo de los combatientes. Las flechas llueven como granizo en tormenta de verano; saltan chispas al entrechocar los aceros; abollanse aceradas, quiébranse lanzas y espadones, silban siniestramente las armas arrojadizas en su trayectoria homicida. Las carnes de los combatientes desgárranse para sembrar la tierra de trágicas amapolas con la sangre de tantos héroes. Un pelotón de cristianos logra, una noche, penetrar sigilosamente en la plaza. Pegados a las paredes de las estrechas callejas van los osados asaltantes —alma en vilo y el corazón en la garganta— para sorprender las guardias enemigas y facilitar la entrada al ejército sitiador. No tienen suerte en su audaz intento. Descubiertos por los moros, son exterminados, cogiendo prisionero al caballero Francisco Guillén Aragonés, a quien no logran hacer abjurar de la Religión Católica, pese a ofrecerle, a cambio, perdón de la vida. El cristiano caballero sufre con entereza el martirio, siendo su cadáver expuesto a la vista de sus compañeros.

§ IV. Murallas adentro, en la plaza sitiada, los musulmanes, en los primeros días del asedio, no pierden la esperanza en la próxima ayuda del exterior. No es posible, se dicen, que Alá, Señor de la Vida, Dueño de los Dos Mundos, deje sin protección a sus creyentes; ni que transcurran muchas lunas sin que su Rey, Espejo de la Sabiduría, Comendador de los Creyentes, Alfanje de Alá, socorra a sus súbditos. Cuantos lucen el turbante verde, distintivo de haber peregrinado a la Meca, excitan, con su prestigio religioso, a vencer o morir. Sus típicos narradores de cuentos —elocuentes maestros de la fantasía oriental— relatan las odiseas de sus héroes de leyenda, para ver de despertar el afán de emulación en sus «yentes. Un «lema, con unas barbazas del color de las algas marinas, predice: «Cuando el mundo musulmán estaba sumido en los Días de la Ignorancia, anteriores al Profeta y a la promulgación del Corán, nuestro pueblo no conoció las mieles de la gloria; más ahora que es fuerte, ahuyentará a los nazarenos con el rayo de su alfanje. ¡*Inxallah*!». En lo alto de los alminares, la voz doliente de los almuédanos profana el silencio de la noche llamando a los creyentes a la oración vesperal, para implorar la protección de Alá. Los viernes —día de la paz en la semana musulmana—, en las mezquitas, los almocríes recitan en lenguaje aljamí versículos coránicos que estimulen la defensa.

Pero las lunas se suceden y la situación de los sitiados es cada vez más crítica. Cada noche se recogen con la esperanza del socorro que les puede llegar mañana. Cada amanecer les trae una nueva desilusión. Por más que otean el horizonte en demanda de la buena nueva, sus ojos no ven más que las tiendas del real de Berenguer IV, que ya sólo serán desmontadas entre cantos de victoria.

En el otoño que ya esboza las cellisca y los fríos invernales, el Conde aprieta el cerco con vistas a precipitar el desenlace de la pugna. La resistencia se cuartea. Poco efecto producen ya en los sitiados las jeremíacas exhortaciones de sus faquíes. Inútilmente los más fanáticos prometen, para que Alá les conjure el peligro, peregrinar a la Meca para santificar sus ojos en la contemplación de la Kaaba. La molicie y los deleites del vivir cotidiano en que se sumiera el pueblo musulmán de la Península, moderó los ímpetus guerreros de aquella raza portentosa —otrora la más poderosa de su tiempo—, que de los atarfes improductivos en su selvatiquez hizo surgir el milagro fecundo de los cultivos, y cuyos alarifes levantaron las maravillas de la Alhambra, el prodigio de Medina-Zahara, la suntuosa mezquita cordobesa...

Pronto la certeza de que la decisión de vencer de los cristianos es inquebrantable, les hace despertar a la realidad de su futuro aciago. La clepsidra señala, inexorable, el paso de las horas y los días en la infinita zozobra de la desesperanza. Y solicitan del Conde catalán una tregua. El propio cadí de la ciudad se traslada al real del caudillo cristiano para estipular las condiciones, y, a la usanza de aquellos tiempos románticos, se conviene una tregua de cuarenta días, transcurrida la cual, si los sitiados no reciben socorro, capitularán, para lo cual el Conde, siempre magnánimo, otorga condiciones asaz humanas.

En la espera espectante de la tregua, desiertos los campos ante el horror de la guerra y sin ruidos de colmena humana la ciudad por el dogal bélico que la asfixia, una quietud imponente, como si la vida hubiese huído de esta tierra, llena de tristeza el alma y el ambiente. No parecen albergar pájaros las arboledas, porque el fragor de las batallas hizo que buscaran la calma de otros lugares para desgranar sus trinos. Sólo a la hora del crepúsculo, cuando las sombras entran de guardia relevando al día, quiebra el silencio la campana que, pendiente de unos palos en forma de trípode, en medio del campamento, da el toque de Angelus para que los hombres de buena voluntad recen «por los que se nos fueron y por los que nos han de seguir».

Font: biblioteca.tortosa.cat